

TRANSPORTE AXIOLÓGICO (T.A.X.I.)

- “Aquí le dejo la llave. ¿Podría pedirme un Taxi?”.
- “Buenos días, Señora. En seguida se lo gestiono. ¿Ha quedado satisfecha con su estancia en el Hospital?”
- “Sí, Sí. Ayer liquidé la cuenta”.
- “Lo sé, Doña Marta, todo está en orden. Espero que guarde un grato recuerdo de nosotros y que todo sea positivo en su vuelta a la normalidad”.
- “¡Sí, Sí, Sí...! Las cuatro semanas han pasado volando, apenas me he dado cuenta; no sé si es bueno o malo...”.
- “Ya veo. Cuatro semanas: todo un mes de distancias...”.

La palabra “distancia” se hizo eco en la antigua paciente obligándola a levantar la vista de su maleta *Sansonite*. Rebuscaba el móvil afanosamente dentro del bolso reprochándose con el pensamiento su tendencia a comprarlos demasiado grandes, donde las cosas nunca se encuentran cuando se necesitan.

- “La mayoría de los pacientes tienen esa misma sensación de fugacidad cuando abandonan la residencia. La primera semana se hace más larga hasta que se acoplan al ritmo del Hospital y se integran en él”.
- “¡Uff...! La soledad hace mucha mella en los prime-

ros días, pero tenéis un tacto enorme en ayudarnos a vencerla sin apenas darnos cuenta. Vuestra profesionalidad es excelente, Don Luis, la organización impecable, y las instalaciones son muy coquetas, aunque a mí lo que más me ha calado es la humanidad del personal. Reconozco que al principio estaba “zombi”... no me enteraba de nada, pero a partir del tercer día cogí confianza y a medida que pasaban las semanas hacía mía la residencia”.

Los monosílabos de la antigua usuaria mediante *Síes* de auto-respuesta se fueron convirtiendo en una conversación afable con el Gerente. Tomaba conciencia de su regreso a la vida diaria en la recepción del Hospital. Hablaba, gesticulaba, pensaba y eludía la vista a un mismo tiempo, sin poder evitar además un cierto atragantamiento en sus respuestas.

- “Me satisface lo que dice” —respondió el Gerente con una sonrisa amable— “y por supuesto nos llena de orgullo. Hay pacientes que no logran romper el cascarón, incluso se vuelven más duros a como entraron. Pasan por la residencia de puntillas, y se marchan sin que la residencia pase por ellos”.
- “Es verdad, gasto inútil de tiempo y dinero, aunque los entiendo” —respondió ella auto-justificativamente— “Cuando se llega tan mal es bueno sentirse arropado; aquí puedes abandonarte sin miedo, aunque el temor no se vaya del todo. Está tan bien organizada la residencia que vuelves a ti sin presión, incluso recobras parte de la confianza perdida en el ser humano”.
- “Ese es nuestro objetivo: primero amortiguar el golpe a los pacientes, romper las barreras, eludir la negatividad y enseñarles a pensar en positivo; pensar en lo no doliente”.

- “Así es...yo misma lo he comprobado, pero pensar en lo pensable es muy difícil; no paras de comerte la cabeza, las obsesiones te acechan, y las ideas intrusas no te dejan... por mucho que lo intentas, es que no te dejan...”.
- “La clave está en arrinconarlas” —respondió el Gerente con intencionalidad propedéutica— “Hay que usar la imaginación y el control mental. Ya le dimos claves para ello ¿no?”.
- “Claro...” —la pregunta del Director descolocó a Marta, quien quiso reaccionar con rapidez en contestar— “...pero ¿qué hacer cuando la ex pareja se planta en la mente? Se auto-invita al duelo, con todo el morro, y no se va; te invaden flashes, que acaban formando un álbum de fotos; pasas las páginas parsimoniosamente y te regodeas en los recuerdos, convertidos en obsesiones. Luego te revuelves en los momentos dolorosos... tumba y retumban frases sueltas, reproches, melodías... y de nuevo regodeo en el desgarró...”.

Marta se sorprende de su locuacidad verbal y de la franqueza como va discurrendo la conversación, aunque en el fondo le asalta la duda que a veces le acompañó en su estancia hospitalaria: si eludir las imágenes cuando duelen mucho o si mirarlas de frente para limpiarse. Por vergüenza no se atreve a plantearla, y opta por dar un giro a la pregunta.

- “Qué dilemas tan absurdos, ¿no?...” —le conmina ella al Gerente— “...depende por entero de ti y nanai de la china. El pensamiento es nuestro reducto de auténtica libertad, tuyo y tuya por entero, sin embargo... ¡Qué cegatos somos!... No logramos verlo... no... no lo hacemos”.
- “No es sencillo, Señora. Unas veces son vicios que re-

- petimos por inercia, otras descompensaciones químicas que deben equilibrarse. En realidad somos física y química andando, electricidad con patas, predispuesta a perder energías”.
- “Ya... Tiene que venir alguien con una bata blanca para decirte estas cosas a la cara, y sólo entonces empiezas a creértelo de veras. Vamos, ¡como el gimnasio! Hay que pagar para obligarte tú”.
 - “Así parece” — gesticula el Gerente con una sonrisa cómplice— “Piense que si se dejan ir en estos circuitos con curvas, las ideas corren más rápido que Fernando Alonso tomando un Red Bull... Lo malo es que muchos pacientes eluden la realidad e inventan fantasmas, luego temen más a los fantasmas inventados que a los que en verdad afloran en estas situaciones”.
 - “Ya, ya, ¡Pobre Fernando!, Las guerras entre dos suelen beneficiar a un tercero”. —Marta intenta seguir las indirectas del gerente— “...por eso decía que nuestro coco es muy peligroso; las imágenes dan vueltas a millón por hora y te dominan; afloran esos fantasmas a los que Vd alude, Don Luis: los espectros que un día estuvieron y los que tú creas, y para colmo se envalentonan, crecitos ellos, tan recién creados...”.
 - “Entonces habrá que desaprender para aprender a pensar de otra manera ¿Recuerda?: el pensamiento genera el sentimiento y el sentimiento la acción, y otra vez vuelta a empezar”.
 - “¿Cómo no?” — respondió Marta recordando una de las frases más repetidas por los facultativos del centro, y añade rápido ella— “...pensar de forma que te permita sentir, para recomponerse”.
 - “Exacto, Señora. Es un círculo retroalimentativo”.

Las cuatro semanas discurrieron en Marta como una película-carrusel que selecciona los extremos: desde los momentos más duros hasta los catárticos de recomposición personal. El ser suele hacer pactos mudos con los instantes de presencia; desecha el tiempo repetido para quedarse y hacerse. Pero pensar y sentir son dos caras de una misma moneda que no suele caer de canto; acaba predominando una sobre otra, con el riesgo añadido de ocultar la cara que no debe y de ocultarse en ella.

- “¿Sabe, Don Luis, cuáles son las imágenes que guardo con más cariño?” —autopregunta Marta— “...los paseos por el jardín...Eso de caminar por las veredas tras las sesiones o después de las comidas ¡Qué verde tan verde, tan lindo! ¡Y esas flores! Perder la vista en el horizonte... ¡Qué gozada!”
- “La verdad es que cuidamos mucho los exteriores, y el jardín muy particularmente”.
- Marta levanta la vista rememorando las imágenes y prosigue su relato— “Mis ojos solían volar al verde-amarillo y al ocre-marrón. Me afanaba por atrapar el instante; parar la vida con la vista, hacer fotografías inmortalizándolas con la mente. Así me era fácil construir mis propios conceptos asociándolos a lo que acabara de descubrir momentos antes; ponerle nombre a las cosas que estuviesen dentro o fuera de mí ¿Me entiende? Buscaba señales, detalles en los que refugiarme para arrinconar esos pensamientos negativos en los que nos regodeamos como “masocas”.
- “Lógico” —contestó el Director— “Usted buscaba respuestas a sus preguntas, y a ser posible sin auto-complacencia. Ahora bien, no es fácil armar el puzzle, máxime cuando está tan desordenado y las piezas se borran por los propios recuerdos”.

- “Y además, nos faltan fichas...” — responde Marta intentando seguir el juego de metáforas del Gerente.
- “Bueno, eso es muy común, nos pasa a todos, ¿no?” — exclamó Don Luis con complicidad.
- “Supongo que sí”...-asintió ella— “...lo absurdo es que deberíamos reponerlas nada más echarlas en falta y sin embargo no lo hacemos”.
- “Ya se sabe. El tiempo corre delante de nosotros, nosotros con él, pero a veces sin él”.

El Director del Hospital interrumpe la conversación al atisbar la llegada del Taxi a la entrada de la residencia.

- “Creo que ha llegado su coche. Le deseo lo mejor, Doña Marta ¡Cuídese mucho!”.
- “Muchísimas gracias. Toca volver a la realidad y retomar el hilo perdido... —respondió ella estrechando la mano del Director— “¡No les olvidaré!”.
- “Estoy seguro que le va a ir bien” —asintió él mirando a los ojos de su antigua paciente— “Ponga muy a raya la soledad y disfrute de su soledad venidera. Siga el plan de acompañamiento que le diseñaron nuestros facultativos, y déjese llevar. Verá que el puzzle se arma en poco tiempo y sin darse cuenta”— Don Luis hace una pausa para solemnizar sus últimas palabras— “Recuerde: NENIKEKÁMEN (en griego, alegría, hemos vencido)...recobrará muy pronto el brillo en su mirada”.

Marta suspira antes de dar la vuelta, levanta la maleta y se dirige hacia el Taxi. Las puertas se cerraron de forma automática.

- “Buenos días, Señora” —saluda el taxista— “¿Sólo lleva una maleta?”.
- “Sí, sólo ésta... Muy amable”.

- “Perfecto ¿Dónde vamos?”.
- “A la calle Lope de Vega, cerca del Mercado de Abastos”.

El conductor rodea la glorieta enfilando una hilera de setos rectilíneos ubicados a ambas partes de la carretera. Sale del recinto del Hospital y enfila una vía secundaria hacia la autopista.

- “¿Qué tal le ha ido su estancia?” — le pregunta a ella alzando la vista por el retrovisor.
- “Bien, bastante bien. Han sido cuatro semanas allí”.
- “Vaya... todo un mes de distancias...”.
- “¿Cómo ha dicho?” — Marta pregunta sorprendida — “... el gerente ha dicho esa misma frase al despedirnos”.
- “Bueno, es un plazo razonable”.

Marta apartó la palabra “distancia” sin buscar mayores causalidades aparentes. Creyó oportuno aplicar lo aprendido y centrar la atención en su charla con el Taxista.

- “¿Viene Vd con frecuencia a este servicio?”.
- “Sí. Suelen llamarme”.
- “Supongo que habrá visto de todo en este trayecto ¿no?”.
- “Naturalmente. Como le digo, la mayoría rondan el mes de ingreso, no sé si por coincidencia con las vacaciones, aunque también frecuentan los tres meses de estancia. Algunos piden una excedencia o solicitan un permiso sin sueldo. Por fortuna, las personas van tomando conciencia de lo importante que es sanarse las heridas en estas situaciones tan duras”.
- “Que Vd. sepa ¿Cuánto tiempo ha estado el paciente que más ha extendido su estancia en el Hospital?” — volvió a preguntar Marta.

- “Mire, estar un año es más frecuente de lo que uno se imagina, incluso he tenido viajeros que han estado dos años. A veces la operación quirúrgica se queda corta, siempre hace falta una implicación activa del paciente en su recuperación”.

El taxista muestra un extraño conocimiento sobre lo que se gesta dentro del hospital. Estira las cejas para cerciorarse con el retrovisor que la cliente está atendiéndole desde el asiento de atrás.

- “Usted misma sabe que si no se extirpa bien el melanoma desamado, vuelve a aflorar cuando menos lo esperas; y si ello ocurre, resulta fácil confundirse, y entonces vuelta a empezar, sólo que la bola de nieve se hace más grande ya que arrastra lo nuevo y lo anterior... Mal asunto para quien venga sí, además, tiene mochila a cuestas, y a ciertas edades raro es quien no la tiene llena o desordenada”.
- “Por lo que me cuenta, hay gente que vuelve a ingresar en el Hospital...”.
- “Más de lo que uno cree. A mi juicio incumplen las instrucciones que se les imparten o descuidan la medicación. Yerran en los mismos errores, muchas veces siendo conscientes que bajan la guardia y se abandonan. Lo reconocen aquí mismo cuando les traigo de nuevo o cuando vuelvo a llevarles a sus domicilios”.
- “Ya sabe...” —respondió ella— “...de nuestra predisposición a tropezar en la misma piedra”.
- “Mucho más en los temas sentimentales” —apostilló el taxista.
- “Tremenda verdad” —deparó Marta.
- “Mire, Señora: somos la especie más inteligente y también la más vulnerable en asuntos proclives a nublar la vista. Lo decía Don Miguel de Unamuno: cada

historia tiene su contrahistoria, y a veces forjamos nuestra propia niebla, bien espesa, incluso, si fuese necesario...”.

Marta mostraba gran curiosidad por el curso que iba llevando la conversación en el coche. Le extrañaba y atraía ese lenguaje sutil del conductor que permite leer varios mensajes entre líneas. Tuvo la misma sensación cuando habló con el gerente al abandonar el centro. Entonces achacó la coincidencia al estilo del Hospital y a la profesionalidad de sus trabajadores, pero ahora volvía a sentirse “enganchada” con la conversación y con la franqueza de las respuestas.

- “Reconozco que tuve intención de marcharme al tercer día, pero en el fondo me daba vergüenza admitir mi incapacidad para superar estas situaciones ¿Yo hospitalizada por una ruptura de pareja? Me veía patética, como una adolescente inmadura y sin recursos”.
- “Señora: las personas no suelen asimilar sus vulnerabilidades. Muchos buscan mecanismos de compensación, y para convivir con su ego vampirizan cuanto tocan: pareja, amigos, compañeros de trabajo...”.
- “Conozco bien eso. Los llamaría *psicópatas integrados*, aunque en realidad son una pandilla de frustrados con enooormes complejos de inferioridad que se camuflan en el ambiente”.
- “Exacto, y se hacen manada, se atraen entre sí; igual ocurre con la gente tóxica o los corruptos. El pragmatismo ganó la partida hace décadas a la coherencia. Lo dijo Groucho Marx, creo recordar: tengo estos principios inmutables pero mañana puedo tener estos otros. Así es en lo político, en lo económico, en las relaciones humanas y por supuesto en las relaciones sentimentales”.

Marta augura que el conductor va a soltar la típica perogrullada política antisistema, pero sus frases finales le llevan a extremar la atención.

- “Mire, Señora, yo que vengo mucho a recoger pacientes a la residencia, le voy a descubrir una enfermedad en boga. Se llama *ESTERNOCLEIDISMO*”.
- “¿*Esternocleidismo*?” —preguntó ella.
- “Sí, ¿recuerda lo que es el *esternocleidomastoido*?”.
- “Un músculo ¿no?”.
- “Exacto. Lo tenemos en el cuello; se encarga de que doblemos la cara a ambos lados”.
- “¿Y qué quiere decir con eso?”.
- “Pues que cuando las personas se acostumbran a girar la cara a un mismo lado, el músculo se engarrotta, y lo que es más importante, desde entonces resulta imposible mirar de frente. Está atrofiado. ¿Lo entiende?”.

La filosofía del Taxista asombra a Marta, predispuesta a reír con los argumentos que escucha, mitad mundanos mitad profesorales, pero sigue prestando atención, hasta preguntarle:

- “¿El *esternocleidomastoidismo* es la causa de la corrupción y de las tuberías tupidas emocionalmente en este país?”.
- “Es causa y efecto a la vez” —respondió el Taxista, “Santa Teresa, que era muy santa y muy lista, lo decía muy bien: *vivo sin vivir en mí*... Vivimos exhaustos con estos ritmos de vida alocados que encubren un pseudobienestar al alcance de pocos; entonces no quieres luchar, no quieres comerte la cabeza, y si te la comes que sea lo justito pues no tenemos tiempo

- ni ganas de hacerlo. Luego ya me encargaré yo de fabricar una justificación para no agitar la conciencia y eludir problemas conmigo mismo al mirarme al espejo”.
- “¿Su teoría también explica nuestra irritabilidad, los bajos umbrales de tolerancia entre las parejas o la falta de comunicación? ¿También da pábulo al Cainismo ibérico y la mala leche de nuestro paisanaje?” —pregunta Marta otra vez.
 - “En parte sí. Campea el nihilismo y el regate corto, no importan los medios. Las buenas personas son tontos, por raros, igual que los críticos, cuyo desajuste con cuanto les rodea seguro que responde a algún trauma Freudiano pendiente de resolver ¿A dónde van esos con sus principios de pro? Antes el honor, ahora la dignidad... ¡Qué desgaste tan absurdo de energías por mantener unos valores trasnochados! *Ergo carpe diem*. ¡A vivir, que son dos días!”.
 - “Claro, y al pueblo *pan* y *circo* enlatado, televisado y encriptado” —aseveró ella.
 - “Usted lo ha dicho: fútbol para el populacho, internet para los hijos-colegas, enchufados a los videojuegos y al lenguaje críptico de los móviles, programas basura de inyección intravenosa, y por la noche videntes televisivos para que se encarguen de gestionar su destino sin tomar decisiones por uno mismo. Todo en un solo paquete”.
 - “Como el *Tres en I*” —volvió a aseverar ella cómplicemente.
 - “Ah... y que no falte el mejor amigo del hombre...”.
 - “Ya: el perro, relación de pareja de hogares unipersonales, grupo doméstico del futuro... Voy viendo donde quiere llegar” —respondió Marta siguiendo el juego al taxista.

- “No me refiero al perro, Señora, sino al *chivo expiatorio*. No habríamos llegado a ser lo que somos sin esa mascota legionaria. ¡Ah, *mon dieu!* Gran elemento de cohesión intrasocietal”.
- “Me he perdido...” —espetó Marta— “¿Qué relación hay entre el chivo expiatorio con las rupturas de pareja y el aumento de las hospitalizaciones sentimentales?”.
- “Vivimos en un país enfermo. Vamos de demócratas extrovertidos, gente guapa, hiper-creadores o de octava potencia económica, sin embargo somos unos adictos enganchados a “dopings pastilleantes; y para colmo ¡Campeones Mundiales de Fútbol!, gran elemento identitario y aportación de nuestra hegemonía cultural a este siglo ¿Usted ve lógico que seamos el país que consume más tranquilizantes y antidepresivos de Europa? Ahora bien, que no falle el instrumento, que para eso tenemos a Santa Viagra de la Cruz” —el conductor se revuelve en su asiento— “Mire, Señora, nadamos entre artificialidades, cuando las aguas apenas tienen un centímetro de profundidad; construimos puentes sobre cemento defectuoso, no sobre pilares sólidos. Nos encanta elevar a las personas quitándoles de inmediato la escalera para disfrutar del batacazo cuando caen de bruces. Lo que hacemos no nutre al vecino, nos lo guardamos, y cuando alguien triunfa recelamos de su logro automáticamente”.

Hacía tiempo que el taxista aplicaba la *imagen del bien limitado* para explicar aquel punto de vista. Lo había leído en un libro de antropología. Según ello, las personas pobres de espíritu reaccionan al crecimiento ajeno porque su cortedad de miras les lleva a pensar que

la posible ganancia del otro lo es a costa suya. Él estaba convencido de que la mononeuronalidad circundante de su tiempo y la envidia de pueblo obedecía a ese déficit visual y anímico que hace vivir a las personas pendientes de fuera descuidando su ser. Siempre había rechazado a quienes cubren sus huecos existenciales *vidajeniando* en los asuntos de los demás y en la teatralidad de su propia escenificación. El hombre no es otra cosa que lo que hace de sí, luego consideraba la despersonalización medradora como un pecado mortal sin penitencia.

- “Ya, ya...” —respondió Marta— “...no fluimos, las sinergias no se dan. Hay cortocircuitos que escapan al control de calidad”.
- “Exacto, Señora, unas veces escapan y otras veces se sabotean ¿Sabe por qué?”.
- “Bueno, supongo que es una mezcla de todo. Tal vez no sabemos trabajar en equipo, tal vez nos falte armonía para vivir en pareja, o quizás llevemos el egoísmo grabado desde Atapuerca, por algo encontraron allí el primer ejemplo de canibalismo en nuestra especie... ADN Ibérico...”.
- “Muy agudo, Señora; además somos expertos en tirar balones fuera; no hay autocrítica, es más sencillo echar la culpa a los demás, descargar responsabilidades, y así nos va”.
- “Sin embargo no veo la conexión entre lo que dice con el desencanto sentimental y las crisis de las parejas”.
- “Pues tiene mucha relación. Como no disponemos de tiempo ni de energía para equilibrarnos empezamos a hacer ajustes contables en nuestras relaciones personales, primero inconscientemente hasta un día

explicitarlo en Debes y Haberes: *yo he hecho esto, luego a ti te toca hacer lo otro...* negociaciones puras y duras. Ya no hay ámbito a salvo del mercantilismo ni del contractualismo”.

La conversación se hizo algo espesa para Marta. La encontraba interesante pero el tono del discurso parecía densificarse con su estado de ánimo. Desvió un instante los ojos del retrovisor disfrutando del paisaje. Había una doble hilera de árboles a ambos lados de la carretera. Los troncos estriados se sucedían uno tras otro, y en ese momento le vino un recuerdo entrañable de cuando era niña. Viajaba en el tren con su abuelo y veían pasar los postes de electricidad tras los cristales, entonces el viejito le hacía una pregunta-juguete: —“Oye Martita ¿quién se está moviendo de verdad: nosotros o los postes...? Hay que ver lo rápido que pasan uno tras otro” —Marta reía con la conjetura de su abuelo sabedora que se estaba quedando cariñosamente con ella, hasta que el anciano volvía a proponerle: “Mira al centro del tronco sin apartar la vista”. Ella soltaba una carcajada espontánea cuando el poste se iba de su vista, pero a los pocos minutos le asaltaba la duda sobre si su abuelo estaba realmente en lo cierto. El tren estaría parado y los postes de luz corrían y corrían desapareciendo del margen de la ventana. Marta deparó en el hecho de no haberse percatado de los árboles ni de su existencia cuando un mes antes hizo ese mismo recorrido camino del hospital.

- “Veo que dispone de esquemas axiológicos consistentes. Me encanta la autenticidad de las personas y de sus muestras de compromiso. Son valores tan ausentes...”.
- “Aunque los taxistas damos la apariencia de saber

poco, tenemos los principios enraizados. Al fin y al cabo estamos en contacto directo con el mundo a través de quienes viajan en nuestros coches. Ustedes son un termómetro que te reubica con la vida, me atrevería a decir que bebemos democracia a borbotones diariamente. No olvide que, a veces, lo poco es mucho...”.

Marta seguía sorprendida empero dispuesta a curarse en salud con la dosis de realidad que estaba experimentando. Pensó cambiar la charla a asuntos más mundanos pero desterró esa idea planteando al taxista una especie de duda metódica.

– “Tiene razón, pero ya sabe que la gente sólo deja ver lo que quiere; dejan rastros falsos intencionalmente, más aún desde el sitio de donde nos trae. Lo habitual en estos trayectos son los viajes astrales, recrearse con la vista, responderle a Vd. con frases cortas o jugar al despiste”.

Aquel relativismo caló de inmediato en el conductor, quien se tomó unos segundos para responder.

– “Señora, las caretas son el pan nuestro de cada día. Ese asiento de atrás no es ni mucho menos una excepción”.

– “Ya lo dijeron los clásicos” —colacionó Marta: “Vivimos el gran Teatro del mundo. Usted, que se le ve una persona culta, lo sabe muy bien”.

– El taxista vuelve a levantar la ceja para atrapar la atención de la antigua paciente respondiéndole: “Todos nos ponemos caretas, y las cambiamos según los escenarios, pero esa práctica acaba impregnando demasiadas facetas de la vida”.

– “Así es...” —aseveró Marta con la seguridad que

- infunde hablar con el fundamento de su propia experiencia— “Diría más: vestimos armaduras que se convierten en corazas. Pero eso pasa factura”.
- “¿Qué clase de facturas?” —preguntó el taxista de inmediato.
 - “¡Muchas!”.
 - “Póngame un ejemplo”.
 - Marta se toma unos segundos para preparar la respuesta— “Para empezar, se pierde la confianza en el ser humano, y te refugias en un pequeño mundo de afectos. Al poco tiempo ese espacio se empequeñece, no sé si por trayectoria vital o porque tus energías merman, y entonces te concentras en la pareja, los hijos o la familia. Sólo ellos tienen la llave de tu coraza, pero ésta tampoco está abierta siempre... Los amigos se van bajando del tren en marcha, los que suben, si es que se suben, tienen un billete de por ver, y nunca sabes... luego no te das: te guardas... Es bastante complicado”.
 - “En absoluto” —responde el taxista— “...es entropía pura, instinto de conservación. Lo que ocurre es que vamos empequeñeciendo la solidaridad, la enanizamos, o peor aún, lavamos la conciencia adoptando niños del tercer mundo mediante una cuenta corriente”.

La carretera se aproximaba a una intersección para conectar con la autopista. El taxista redujo entonces la velocidad, dobló a la izquierda y enfiló una vía de acceso paralela avisando de su incorporación con el intermitente. Durante aquella maniobra, el silencio se apoderó del tiempo: él concentrado en la aceleración del coche, y ella perpleja por el tino analítico de él y de su capacidad para leer el pensamiento. Salía del Hospital con pocas certezas y con la incertidumbre de comprenderlas,

por eso no dudó en retomar la “rarología” del diálogo. No perdía nada por un poco de desnudo emocional con alguien a quien no volvería a ver.

- “Entonces, volviendo al tema, ¿a dónde nos lleva el distanciamiento que Vd. predice entre ambos géneros: al sexo de peaje?” —Marta da un salto arriesgado en la conversación—.
- “El mundo está movido por dos cosas: sexo y dinero” —responde él con asertividad— “no sé si por ese orden, ya que el segundo y sus representaciones nos abren las puertas del primero. El sexo es un hecho biológico, etológico, psicológico, social, seminal y cultural. Según evolucionemos predominan actitudes más o menos arcaicas. Conozco a mi género”.
- “Yo estoy convencida que estamos hechos de distinta pasta. Ustedes son viscerales, nosotras sentimos y pensamos dos veces las cosas. Sé que es generalizar, pero así lo entiendo yo”.
- “Estoy de acuerdo” —responde el conductor— “La sexualidad masculina es genital predominantemente, mientras que en las mujeres es más integral, no tan focalizada; quíerase o no, eso se refleja en la forma de ser y de actuar”.
- “No olvide que desde pequeñitas nos acostumbramos a ver el water puntualmente de color rojo. Cada mes sufrimos grandes cambios psico-físicos, lo que nos lleva a extremar la atención con lo que pasa en tu cuerpo. Quieras o no, estás muy presente en ti”.
- “Siempre he tenido claro la plenitud emocional de las mujeres... ¿Eso del sexo débil?... ¡No sé quién inventó esa memez!”.
- “Entonces será que tenemos códigos de barras dis-

tintos para productos diferentes”, aseveró Marta preguntando.

- “Pues sí, con un fabricante llamado *chantaje biológico*”: el hombre propone, la mujer dispone”.

El “chantaje biológico” era otra particular teoría del conductor para explicarse el dimorfismo de una especie que había logrado separar el sexo de la reproducción y de los sentimientos, y que además goza de sus fantasías aplicando la imaginación en los juegos eróticos. Pensaba que en la separación, o no separación de todas esas facetas, radicaba, paradójicamente, muchas de las tensiones derivadas de los estados emocionales y, en cierto modo, la evolución de una especie tan contradictoria como la nuestra.

- “Ese chantaje determinista del que me habla no me convence mucho” —apostilló Marta— “al fin y al cabo, la excitación sexual son reflejos nerviosos frente a estímulos; ya puestos, ambos géneros transmitimos mensajes a la médula espinal y desde ésta al cerebro. El sexo es cerebral, no genital”.
- “¿Usted cree? entonces dígame dónde dejamos la sutilidad de los mensajes...En los hombres dominan los estímulos visuales, siempre ha sido así, pero las mujeres dominan el lenguaje de los ojos, incluso otros códigos más subliminales. No nos engañemos. La coquetería nunca ha sido una virtud masculina hasta hace bien poco”.
- “Al fin y al cabo, la vida es una interpretación” —aseveró Marta— —“A lo mejor no saben leer bien los libros, o se lee lo que uno quiere leer según convenga; puede que unas veces se sea capaz de inhibir mensajes y otras se canalicen a través de la experiencia y la madurez”.

La conversación discurría con vehemencia. A simple vista parecería un enfrentamiento de género al uso de los tiempos, sin embargo los dos tenían la sensación de construir diálogos interesantes y enriquecedores. Desgranaban sus argumentos con contundencia y respeto, profundizando en lo sostenido por el otro en ese intercambio de pareceres. La autopista de tres carriles y el escaso tráfico facilitaba la fluidez. Marta incorporó el cuerpo hacia delante ubicando su cabeza entre los dos asientos para continuar la charla, mientras el taxista hilvanaba su discurso volviendo el rostro ella cuando no habían coches al frente en la carretera.

- “Supongo que me está sugiriendo el dilema del huevo o la gallina”.
- “Puede ser, pero a mí lo que me molesta son los sambenitos que nos cuelgan tan gratuitamente: como nuestras fibras nerviosas viven en la planta baja, si se acumulan pulsiones sin descargar compensamos la frustración a través de las fantasías... de ahí el topica-zo: los hombres sólo piensan en sexo a todas horas”.
- “Bueno, eso del *priapismo mentaloide* lo está diciendo usted, no yo”.
- “Yo tampoco... lo dice el sistema simpático parasimpático antipático”.
- “¡Ja, Ja!” —exclama Marta con una pequeña carcajada— “Ahí ha estado muy fino”.
- “Mire Señora. ¿Recuerda aquel anuncio de galletas donde aparecía una mujer diciendo: *Hay que ver el problema que tenemos las mujeres: los hombres que merecen la pena o están casados o son gays?*”.
- “Creo recordarlo”.
- “Pues imagine la que se habría formado si el anuncio hubiera sido al revés... El Instituto de la Mujer fusila

al anunciante y al producto... Sin ser conscientes, estamos llegando a un alineamiento que nos viene ya dado según lo políticamente correcto, cuando la clave está en desmitificar al unísono, comunicarnos, respetar al otro, dialogar más... mirar dentro de los ojos”.

- “Yo tampoco puedo con esas trampas ni con los discursos baratos; descodifico cuanto puedo” —dijo ella.
- “Aunque no lo crea, hay hombres que conciben la belleza en su totalidad y el cuerpo hecho de momentos ¿Me entiende?”.
- “Claro, cómo no voy a entenderle” —aseveró Marta.
- “Mire, voy a hacerle una confesión personal: yo me dejo guiar por el vello de la piel y por aquellas cosas capaces de erizarla. La piel no miente nunca, lo demás...”.

El conductor ponía a raya la excesiva cientificidad que estaba impregnando las relaciones humanas. Recelaba de la revolución biológica, las pócimas ADNísticas y la alquimia del hombre arquitecto de sí mismo bimilenariamente. Para él pululaban demasiadas *hegemonías de libro* que, de seguirse al pie de la letra, evapora el imperio del momento con ideas contaminadas de antemano. En el asiento trasero se sentaban muchas personas que veían la vida en tonos sepias monocordes. Creía que quienes leen sin descanso información impresa, por la noche sueñan en blanco y negro. Por ello aconsejaba a los clientes que se esforzaran al máximo por impregnar sus retinas de colores vivos. La especie tenía una deuda insalvable con los pintores impresionistas.

- “Cuando Vd. dice *lo demás* ¿se refiere a las reelaboraciones personales?” —preguntó Marta.

- En parte sí, Señora. Me interesa la autenticidad de las cosas y de las personas, la esencia, que no es lo mismo que lo esencial; y lo esencial es la belleza, poéticamente hablando, si quiere. El sexo y el género los concibo como asuntos derivados... reelaboraciones, tal como Vd. dice”.
- “Interpretaciones” —reafirmó ella.
- “Más bien construcciones, y aquí, perdóneme otra vez, siempre son necesarias las piezas de fuera. El puzzle nunca está completo, incluso me atrevería a decir que ni debe estarlo...”.

Los códigos filosóficos del taxista, y en particular la simbología del puzzle, volvieron a desencajar a Marta pues ella misma había estado utilizando esa metáfora al despedirse del Director del Hospital. Casi inevitablemente calibró la variedad de situaciones que llevan a las personas a ingresar en dicho centro para recuperarse de una ruptura dolorosa, pero por un momento intentó extraer un motivo prevalente a los otros. Pensó que ese motivo podía consistir en el hecho de hablar lenguajes distintos o en la falta de sincronía que puede envolver las situaciones vitales de una pareja. En tiempos de sus padres, pensaba ella, las parejas resistían las embestidas de la vida con apoyos mutuos o proyectos compartidos, inclusive sobre bases instrumentales materialistas, cuando el mero hecho de sobrevivir era un valor irresuelto, pero esos argumentos ya no eran tan fuertes desde que el amor se unió a las visiones del mundo en pro de una existencia completa y feliz.

- “De adolescente tarareaba una canción de Silvio Rodríguez, que musicaba así: *Si uno no se desnuda, todo lo desnudable se transfigura y convierte en reto*”.

La frase activa la suspicacia en Marta poniéndola a la defensiva. Intenta descifrarla dando un rodeo en su respuesta en vez de preguntarle a él directamente.

- “Yo también soy una fan de Silvio. No quedan trovadores como él. Sabrá que hizo un camino de ida y vuelta en su discografía: de la guitarra a la orquesta y de la orquesta a la guitarra. Hoy es igual de profundo que antes, pero más directo. Supongo que realizó ese esfuerzo de desnudez del que me habla”.
- “Entiendo que es un camino de un solo sentido” —aseveró el taxista— “Tardarás más o menos tiempo en despojarte de lo sobrante pero el desabrigo llega, tarde o temprano; entonces, mejor hacerlo pronto, sin sortilegios”.
- “No todo el mundo tiene esa capacidad de exploración, ni la energía precisa para hacerlo cuando aparentemente hay que hacerlo” —contestó rápido ella.
- “Ya, Señora, pero una cosa es tener el corazón herido y otra bien distinta fugarse en él con él...Lo primero lleva una careta que podemos quitar cuando sea menester. La fuga, por el contrario, levanta muros...es quien forja esas corazas a las que nos referíamos hace un rato... Disculpe: ¿me dijo que íbamos a la calle Lope de Vega?”.
- “Sí, así es”.
- “Bien. Ya estamos cerca”.

La proximidad del destino propició un silencio compartido. Ambos callaban, conscientes, quizás, de lo que pudiera significar la última conversación dentro del auto. No añadían nada, no querían añadir nada más, aunque en verdad tampoco podían hacerlo. Las huellas se hacen visibles cuando pulula un exceso de realidad humedecida. Las delata un golpe interior que sacude

el pecho agitándolo durante unos instantes, hasta que se diluyen o se transforman mediante pensamientos de rescate. Vida a través de las palabras, y palabra hecha liturgia para la vida.

El conductor puso el intermitente y aprovechó un hueco libre de la acera para aparcar el coche. Terminada la maniobra, paró el contador del taxi y volvió el rostro hacia el asiento de atrás.

– “Bueno, Señora. Hemos llegado... Son 27 Euros”.

El numerario de la tarifa rompió el halo que había venido tejiéndose durante el camino. Dejaban atrás cuarenta minutos de conversaciones llenas de sinceridad sin apenas esfuerzo de desnudez, luego Marta no pudo evitar su sorpresa al escuchar aquella cifra. Había subido al taxi tras un internamiento hospitalario de treinta días y aquellos cuarenta minutos parecieron no haber existido. El trayecto se había convertido en una especie de continuación de la estancia en la residencia. Dos personas desconocidas habían roto el hielo azulado que recubre la desconfianza dejándose ir hasta donde quisieron llegar. Los “27 Euros” era la última puerta entreabierta antes de pisar realmente la realidad.

– “Aquí tiene: 30... Quédese el cambio”.

– “Muchas gracias, Señora. Ha sido un placer hablar con usted”.

– “Para mí más” —contestó Marta con cierto nerviosismo— “El tiempo ha pasado volando, he hablado de forma tan fluida... Yo no soy así, o creía no ser así, porque ahora tengo la duda de si esta franqueza proviene de mí o de los interlocutores que, como Vd o Don Luis, me facilitan esa sensación de confianza”.

– “Bien, ahora debe seguir cultivando esa confianza, eso sí, sin caretas ni corazas”.

Marta se quedó parada con la réplica final del conductor reteniendo su impulso de abrir la puerta. No pudo evitar una pregunta muy directa:

– “¿Qué quiere decir exactamente?”.

– “Que no serviría de nada el mes que ha pasado en la residencia si retorna al mundo de la manera como va a bajarse del coche”.

– “¿Y de qué manera voy a bajarme de él?” —vuelve a preguntar Marta molesta.

El conductor apoya el brazo derecho sobre el asiento y se posiciona casi de frente a ella.

– “Tengo la sensación que no ha querido hablar de lo que ya no está...pero no sé si sigue estando...y lo que es más importante: tampoco lo sabe usted”

Aquellas palabras retumbaron en Marta como un golpe seco. Acababa de oír algo importante que había eludido o postergado, aunque de todos modos era un algo demasiado incómodo como para escucharlo precisamente antes del salir de ese coche. Abrir la puerta, bajar del taxi y encaminarse al portal de su casa simbolizaba un rito de paso que ella misma había visualizado para darse fuerzas, pero esa última frase rompía los esquemas preparados mentalmente. Le invadió un helaje de inquietud e inseguridad, y aunque tragaba saliva para disimularlo no tardó en percibir un sentimiento de vulnerabilidad temerosa.

– “Señora mía: si se cubre tanto, nunca podrá saber a ciencia cierta qué es lo que en verdad late en Vd. Para desprenderse o volverse a prender de las cosas

o de las personas hay que distanciarse de ellas; eso es así, pero con corazas no se va muy lejos. Resulta ser un protector duro y eficaz desde fuera, pero la dureza acaba invadiendo lo que hay dentro. No sé si me entiende...”.

Marta no pronuncia media palabra y sale del coche. El conductor se baja dirigiéndose al portabultos. Ella espera unas últimas palabras antes de coger la maleta.

- “Mi buena Señora: las cosas tienen un ritmo impasible que condena al fracaso todo cuanto le adelanta o le traspasa... Las armaduras lastran ese ritmo, pesan demasiado... y no dejan fluir. *Los auténticos ríos interiores van del mar a la fuente*. La frase es de Unamuno. No la olvide”.
- “Seguiré sus consejos. Le estoy agradecida por su sinceridad y su cortesía. Es una lástima que la bondad y la nobleza se encuentren hoy tan acorraladas y en vías de extinción”.

Cada palabra del taxista se llevó una parte del mundo escondido de Marta. Ella, que había logrado serenarse recobrando una leve sensación de seguridad, se dio la vuelta hacia el portal de su casa, entró en él y se dispuso a coger la correspondencia que había llegado durante su ausencia. El buzón estaba lleno de propaganda publicitaria, lo abrió y recogió las cartas que había dentro. Empezó a ojearlas pero inmediatamente centró su atención en una de ellas, donde la caligrafía se había hecho poderosa. No pudo evitar un nuevo golpe frío seco, llevándola al estado de inquietud que había logrado apaciguar unos momentos antes.

Introdujo el dedo por el borde y extrajo el papel del

interior del sobre. Las piernas le empezaron a temblar, pero se propuso controlar aquella reacción para leer su contenido. Antes pensó en su estancia dentro del Hospital, en el trayecto del taxi y en las últimas palabras que había pronunciado el conductor. La carta contenía un poema, con un título, olor a agua, y una última frase, líquida...

AGUAZAL

*Vertí la sed en ti.
Y la sed de ti en ti,
hasta quedar exhausto,
exiguo acuoso.
Vertí las gotas, aguazales,
horadando la vida
con solo contemplar
el torso de tu espalda.
Las gotas vertidas
se hicieron sedentes.
Canibalizaron el hambre
de tanto sentimiento sin tregua.*

Siempre...

- “Hola Luis. ¿Me das el cuadrante de los próximos egresos?”.
- “Aquí tienes. No metas el Taxi en la cochera; esta misma tarde sale otro paciente, acabamos de darle el alta”.
- “Correcto. Aquí tienes el CD-rom del trayecto de esta mañana”.
- “Perfecto. Haremos el barrido auditivo, analizaremos su contenido y lo incorporaremos al expediente de la Señora Marta”.

